

EL SÍNDROME DEL EMPERADOR: ¿UN PROBLEMA SOCIAL O UN PROBLEMA EDUCATIVO?

Miriam Fernández Barreiros
Violeta Cruz Fernández
Miriam Domínguez Fontenla
Marta Abelleira Docabo
Ana Amado Mera

(Universidade de Santiago de Compostela/ PIR, C.H. Universitario Santiago de Compostela/
PIR, C.H. Universitario Santiago de Compostela/ Universidade de Santiago de Compostela/
Universidade de Santiago de Compostela)

Resumen

El “síndrome del emperador” aparece cuando un niño que debería ser feliz y hacer feliz a sus padres se convierte en el símbolo de una falta de tolerancia de la frustración que parece cada vez más dominante en nuestra sociedad. Este joven quiere hacer las cosas como él quiere, y lo quiere ahora, y no le retiene (arredra) la conciencia a la hora de ser violento; porque no quiere escuchar ni parece entender lo que sus padres tratan de enseñarle.

Los hijos tiranos son una buena metáfora de que nuestra sociedad se está equivocando gravemente en el tipo de filosofía educativa que consideramos valiosa para nuestro progreso común. Este problema se cieme como una consecuencia directa del tipo de sociedad que estamos gestando, la cual invita al pasotismo y a no profundizar en el cultivo de lo esencial del ser humano: la conciencia y el proyecto de vida; el compromiso moral y el esfuerzo por la integridad.

En este trabajo presentamos un enfoque preventivo de esta problemática, analizando los estilos educativos parentales y los estilos de afrontamiento de los conflictos familiares y el impacto que tienen los mismos sobre la prevención e intervención en el síndrome del emperador.

I. INTRODUCCIÓN

Que los hijos tiranicen a sus padres, que los amenacen y golpeen, parece algo antinatural, y ciertamente no constituye lo normal en términos estadísticos. De igual modo parece antinatural que los padres maltraten a los niños, y no es tampoco lo más frecuente. Sin embargo, ambas formas de violencia están presentes en nuestra sociedad, y si es del todo lamentable que los padres descuiden la atención de aquellos que más lo necesitan - sus propios hijos -, no lo es menos que los hijos falten al deber de piedad y amor hacia sus progenitores y los humillen y vejen.

Se podría pensar que esos padres “tienen lo que se merecen” porque bien ellos antes fueron crueles con esos hijos o bien los desatendieron, y que en definitiva todo padre y madre “recibe lo que siembra”.

No obstante, disentimos de esta posibilidad, muchos padres que sufren los avatares del síndrome del emperador son padres entregados a sus hijos y que de ningún modo merecen nuestro reproche, sino nuestra comprensión y ayuda. A pesar de que hicieron todo lo que pudieron, no fue suficiente. Creer que los padres son como pintores que trazan la personalidad de sus hijos con la pintura en el lienzo es negar la naturaleza humana; los padres tienen mucho que ofrecer a sus hijos, pero no llegan al extremo de moldear a su antojo la psicología y conducta de ellos. El destino de cualquier niño desde el momento en que nace no está trazado y va a depender en buena medida de cómo se comporte en los escenarios donde vaya a relacionarse, y en ese “depende” es importante la naturaleza de esas situaciones (los padres que va a tener, el lugar donde nazca, etcétera) pero también quién es él, es decir, qué recursos trae al mundo, cómo va a relacionarse él con esas situaciones y ambientes.

Los hijos con síndrome del emperador se creen dueños de su casa, y no aceptan las normales tareas de corrección de los padres. Los hijos tiranos son una buena metáfora de que nuestra sociedad se está equivocando gravemente en el tipo de filosofía educativa que consideramos valiosa para nuestro progreso común. Que los padres corran hacia los servicios de menores para pedir protección, y que las escuelas se vean asediadas por jóvenes violentos son dos fenómenos muy relacionados. Que al mismo tiempo el rendimiento académico de nuestros alumnos esté bajo mínimos comparado con otros países de Europa, también. El tipo de sociedad que hemos creado invita al pasotismo y a no profundizar en el cultivo de lo esencial del ser humano: la conciencia y el proyecto de vida; el compromiso moral y el esfuerzo por la integridad.

El “síndrome del emperador” aparece cuando un niño que debería ser feliz y hacer feliz a sus padres se convierte en el símbolo de una falta de tolerancia de la frustración que parece cada vez más dominante en nuestra sociedad. Este joven quiere hacer las cosas como él quiere, y lo quiere ahora, y no le retiene (arredra) la conciencia a la hora de ser violento; porque no quiere escuchar ni parece entender lo que sus padres tratan de enseñarle.

¿Ha existido siempre esta violencia hacia los ascendientes, o es un fenómeno nuevo? Desde luego, siempre ha habido padres golpeados y extorsionados por sus hijos, pero no me cabe duda de que esta violencia se ha incrementado de forma espectacular por varias razones. En primer lugar, porque con la perspectiva temporal de estos últimos diez años, vemos que se ha aumentado la aparición de otras formas de violencia protagonizada por los jóvenes, como es la delincuencia juvenil (pandillismo – skins, ultras y bandas latinas – y las agresiones violentas, sexuales y homicidios) y el acoso escolar (bullying), es decir, la violencia física y/o psíquica

que, de modo habitual, unos alumnos ejercen sobre otros. No tiene nada de extraño, por consiguiente, que también en esta forma peculiar forma de agredir se haya producido un incremento muy sustancial. En segundo lugar, estos hechos se ciernen como algo muy difícil de sacar a la luz. ¿A qué padre o madre le gusta denunciar a su hijo, o pedir el amparo de los servicios sociales? Cuando tantos casos han llegado a los organismos públicos, es porque muchos más padres se han visto afectados y desbordados en comparación con lo que ocurría antes. Una tercera razón es que muchos de estos casos se “paran” en el sistema alternativo de salud privada, particularmente en psicólogos clínicos o de familia, o bien en los psiquiatras, y esto es posible porque sólo en los últimos diez años se ha extendido en España esta práctica generalizada de acudir al “especialista” cuando hay problemas: si esta red intermedia - entre el niño violento y la justicia o servicio de menores – no existiera, las administraciones públicas todavía estarían más inundadas de casos de esta índole.

No puede ser casual que los hijos de la sociedad en la que vivimos exhiban ese comportamiento tan “desnaturalizado” hacia sus padres, al tiempo que el acoso y la violencia hacia los compañeros en las escuelas alcanza también un estado de honda preocupación. Ambos fenómenos están relacionados, aunque no provengan exactamente de las mismas causas. Que los jóvenes violentos en la escuela también son violentos en sus casas, constituye una hipótesis con sentido. Una vez que alguien aprende a que la dominación tiene sus beneficios, la tentación a extender ese método exitoso es muy grande. Por otra parte, si un joven consigue “controlar” a sus padres, e imponerse con su amenaza o violencia de hecho, mucho más fácil le resultará amedrentar a compañeros de su colegio y sacar provecho de esa extorsión.

I. I. ¿ES CIERTO QUE LA VIOLENCIA HACIA LOS PADRES ES, ANTE TODO, UN EXPONENTE DE LA INEPTITUD DE LOS PADRES?

En primer lugar hay bastantes pruebas de que muchos hijos pueden ser profundamente indisciplinados y violentos sin que los padres sean instigadores - por su dejadez o porque ellos mismos son erráticos y violentos – de esa forma de ser. Muchos padres de hijos violentos se han preocupado y se siguen preocupando realmente de sus hijos. Otra cuestión es si esos padres han hecho todo lo humanamente posible para evitar ese resultado, es decir, si no hubieran podido hacerlo mejor caso de que hubieran contado con la asistencia y ayuda necesarias. Esta es otra cuestión, y desde luego la respuesta con frecuencia tendría que ser en este punto necesariamente afirmativa. Ahora bien, no podemos atestiguar que estos padres “tienen la culpa”, porque los padres lo hicieron lo mejor que supieron, y objetivamente eso que hicieron hubiera bastado en una gran mayoría de niños para que su formación hubiera estado libre de esos problemas.

Dicho esto, no hay duda de que muchos padres son negligentes o simplemente no saben cómo educar a sus hijos. La tiranía de muchos de estos hijos violentos se puede deber a que sus padres

no saben muy bien cómo proceder cuando estos niños son difíciles en su trato. Sin embargo, la responsabilidad de los padres es menor cuanto más profunda y precoz es la violencia de los hijos, con la excepción de aquellas familias que maltratan a sus hijos o los desatienden gravemente. En tales casos, se observa que la violencia se transmite a través de las generaciones: unos padres que no deberían haber tenido hijos - por su incapacidad para llevar una vida de provecho, alejados del alcohol, los robos o las drogas - tienen hijos que reproducen esos mismos patrones de marginación y delincuencia. Aquí los padres incompetentes tienen hijos violentos, sin duda. Pero esto no constituye la raíz de este problema que tanto nos aturde, sino que lo constituye el por qué en nuestras familias no “marginales” surgen ahora tantos hijos tiranos de sus padres, que los hacen objetos de humillaciones, amenazas y actos de violencia.

I. II. ¿AHORA LOS PADRES SON MÁS INCOMPETENTES DE LO QUE ERAN ANTES?

Sí, los padres son más incompetentes de lo que eran los padres de otras generaciones. Sin embargo, esa “incompetencia” no puede atribuirse en toda su extensión a la responsabilidad de los padres. Hoy en día hay muchos factores que dificultan la educación - o la socialización - de los hijos por los padres; no es simplemente que los padres no quieran educar, o que no hayan aprendido a hacerlo.

Resulta sorprendente, a priori, que los padres, ahora sean peores educadores, cuando tienen un nivel de estudios como nunca ha tenido generación alguna de nuestro país, y cuando los índices de cultura y bienestar son igualmente elevados para las clases medias.

Sin embargo, deberíamos echar un vistazo más cercano a la sociedad de hoy, por una parte, y a la filosofía educativa que preside la acción educativa de los padres y de la sociedad, por otra.

I. III. ¿CUÁLES SON LOS ARGUMENTOS PARA LA DIFICULTAD DE EDUCAR A LOS HIJOS HOY? ¿POR QUÉ LOS PADRES AHORA SON MENOS EFICACES EDUCANDO A SUS HIJOS?

Si bien el avance de la tecnología y la economía ha elevado de modo extraordinario la comodidad y seguridad de los ciudadanos, esto se ha visto acompañado por un desarrollo brutal del consumismo y del deseo de obtener los bienes de ese consumo y las satisfacciones de modo inmediato. Vivimos en base a una filosofía de consumismo vital, que incita a disponer de las cosas o actividades cuanto antes. Además el éxito y el prestigio social se han puesto en la cantidad y rapidez con que las familias y los individuos pueden acceder a ese consumo.

1. De modo muy relacionado, nunca había existido una sociedad como la actual donde fuera más obvia la senda para desviarse, donde las tentaciones para “vivir aprisa y sin las minucias de la disciplina” fueran tan abundantes. Delinquir hoy es mucho más fácil que antes: hay más dinero, hay más bienes que son “imprescindibles”, y a

esto se añade que “pasarlos bien” huyendo de la responsabilidad es también mucho más fácil (alcohol y drogas).

2. En relación con los niños, cada vez la sociedad ha retrasado el momento en que éstos deben de contribuir al bien común y adoptar roles de responsabilidad. Esto es consecuencia directa del actual sistema educativo, que exige mayor tiempo para el aprendizaje de los conocimientos y habilidades necesarios para desempeñar un trabajo en el mercado. La filosofía imperante difunde este mensaje a los chicos: “tenéis todas las oportunidades para formaros, y dinero para disfrutar de cosas, sacad provecho de todo esto y luego ya nos devolveréis lo invertido, siendo buenos ciudadanos y padres de familia”. Este mensaje se traduce en “ahora no os exijo nada, luego espero que os portéis bien” y esta idea no encaja cuando se aplica a muchos chicos que tienen un temperamento difícil, o a padres más ocupados o estresados de lo que resultaría aconsejable. Estos chicos, acostumbrados al vida muelle de una sociedad consumista, no aprenden a controlarse, no desarrollan normas morales que les obliguen a ser responsables y optan por la tiranía con sus padres, por el abuso de compañeros de colegio, y muchas veces por el consumo de alcohol o drogas de modo regular.
3. En contra de lo que pudiera pensarse, los padres muchas veces tienen un panorama menos alentador que el que ofrece sus títulos académicos o sus trabajos. Estos padres tienen una presión en sus trabajos que antes no existía, en efecto sólo hace quince o veinte años el mundo laboral era mucho más estático y predecible. Todo ha cambiado, la tecnología, la “sociedad de la información” ha cambiado el mundo del trabajo, de la economía; ya nadie puede sentirse seguro, es necesario estar alerta, dispuesto para competir con mayor virulencia si no queremos perder el tren y con él...nuestro empleo. Es necesario “reciclarse”, mostrarse “creativo”, sacar provecho de los cacharros tecnológicos que cada día prometen ser una solución para un nuevo “problema”.
4. Los padres tienen un problema más cercano todavía, la relación, los roles que han de cumplir, distan mucho de ser claros. En una sociedad en que hay que moverse mucho para llegar a fin de mes, ¿quién se tiene que ocupar de los niños?, ¿cómo conciliar el papel de madre y de trabajadora? La tasa de divorcio crece, y los matrimonios demuestran no saber cómo hacer frente a tantas presiones e incertidumbres. Los roles de “hombre” y “mujer” en la relación conyugal se difuminan, y no todos están capacitados para resolverlos en armonía. La

consecuencia son matrimonios rotos con muchos chicos viviendo sólo con su madre.

Resultado de todo lo anterior, y por ello idea principal de por qué los padres ahora son menos eficaces educando a sus hijos, es que la sociedad ha perdido el objetivo principal de toda educación humana: crear conciencia, desarrollar un fuerte código moral a cerca de lo que está bien y lo que está mal. La conciencia, el sentimiento de responsabilidad y de culpa vinculado a un desarrollo pleno de las emociones morales, ha pasado de moda. Y obrando de esta manera hemos cometido un gran error. No creo, que se pueda decir que hoy en día nuestra sociedad no “tiene valores”; los tiene, y muchos de ellos son excelentes, la lucha por la obtención de un hombre “sin complejos” nos ha llevado a la falsa creencia de que la conciencia era en realidad uno de esos complejos. Y ciertamente no lo es, sino que es más bien el mismo vértice de la humanidad, el fundamento que posibilita *sentirse y actuar como seres humanos* de acuerdo a los valores que hemos construido desde el principio de la historia.

II. EL SÍNDROME DEL EMPERADOR.

Los emperadores de Roma podían decidir sobre la vida y la muerte con sólo levantar o bajar el pulgar, y sabido es que se creían representantes de los dioses en la tierra. Su voluntad tenía que ser respetada, de lo contrario su cólera estaba asegurada. Los niños con una psicopatía que maltratan a sus padres representan el extremo de lo que se denomina síndrome del emperador: el modo de ser caracterizado por una profunda ausencia de conciencia y un comportamiento orientado a explotar y abusar de sus progenitores.

El “poder” del emperador se pone de relieve cuando el joven es contrariado, entonces ha de vengarse y castigara los que han osado incumplir su voluntad. Los jóvenes con una psicopatía que maltratan (o incluso asesinan) a sus padres representan el extremo más negativo del síndrome del emperador.

Debemos distinguir el síndrome del emperador del trastorno antisocial de la personalidad. El trastorno antisocial de la personalidad se caracteriza por la ausencia de conciencia. Su diagnóstico exige que la persona cumpla, al menos, tres de los siguientes criterios; 1) incapacidad para cumplir con las leyes y normas de la sociedad; 2) engaño y manipulación; 3) impulsividad, actuar sin pensar en las consecuencias, 4) irritabilidad y agresividad; 5) despreocupación temeraria por la propia seguridad o la de los demás; 6) irresponsabilidad, huida de las obligaciones; 7) falta de remordimientos o sentimientos de culpa por haber herido, maltratado o dañado de alguna forma a otras personas.

También debemos de diferenciar el síndrome del emperador de la psicopatía. El psicópata cuenta con dos rasgos de personalidad que lo hacen más temible que el antisocial: 1) posee un “carisma propio” que esconde un ego de gran intensidad; el convencimiento oculto de que uno es muy superior a los otros, y que tener que aceptar las instrucciones de los que tienen autoridad sobre él es una molestia que puede llegar a ser exasperante; 2) es incapaz de sentir las emociones morales básicas y de vincularse de manera honesta y sincera con alguien; el “otro” es alguien que puede contabilizarse como un obstáculo o un recurso a favor de sus propósitos, pero no como alguien con el que expresarse como ser humano. Investigaciones ponen de relieve dos hechos interesantes respecto a los psicópatas: 1) mientras los no psicópatas reaccionan ante palabras cargadas de emoción con una rapidez e intensidad que no muestran los psicópatas; éstos responden igual ante esas palabras que ante otras desprovistas de carga emocional, es decir, para ellos la carga afectiva de las primeras palabras no es perceptible; 2) los psicópatas muestran dificultad a la hora de procesar emociones, cuando se les hace un escáner cerebral y se mide la cantidad de sangre que lleva a su cerebro, los psicópatas muestran una mayor actividad que los no psicópatas en tareas que requieren que tomen decisiones que implican palabras cargadas emocionalmente, los no psicópatas no precisan más flujo sanguíneo para trabajar con las palabras emocionales, porque para eso estamos entrenados desde pequeños, pero para los psicópatas esa es una tarea difícil y requiere de mayor actividad cerebral, representada por esa mayor fluencia de la sangre. En conjunto estos dos hechos, nos colocan ante la posibilidad de la existencia en los psicópatas de una diferencia neurológica heredada, que muy probablemente puede ser, al menos, hasta cierto punto, compensada por el ambiente y al educación que recibe de niño.

Tanto un joven con trastorno antisocial de personalidad como un joven con psicopatía, destacan porque:

- muestran un trato explotador, una amenaza franca o bien oculta y más sutil, que quizás se convierte en causa de mayor desasosiego porque nos induce a la ansiedad pues es más difícil de explicar que un acto de violencia obvio
- no reaccionan con normalidad a las acciones de los padres; si se intenta explicarles las cosas, parece que no entienden de verdad; quizás escuchan, pero con la esperanza de que dure lo menos posible esa conversación

Estas características se muestran en mayor o menor intensidad desembocando en un extremo menos peligroso en un joven irresponsable y mentiroso y en un extremo más peligroso en un maltratador que humilla, insulta, roba, golpea... a sus padres.

Muchos de los que tienen el síndrome del emperador no son delincuentes comunes, no proceden de la marginalidad o el desamparo; los delincuentes comunes no suelen tiranizar a sus propios

padres no tienen mayor interés o energía para soportarlos. Es necesario distinguir el joven que padece el síndrome del emperador del joven violento que, sin ser tampoco un delincuente habitual, ataca a su familia; se trata de jóvenes con enfermedades mentales o trastornos adictivos.

El perfil del hijo tirano es un chico (chica) de clase no marginal que mientras vive en su casa extorsiona a sus padres usa cualquier medio negativo para obtener cosas o privilegio (amenazas explícitas, violencia verbal/física), si el menor consigue tener el control de la situación su comportamiento puede estar más motivado por el mero hecho de disfrutar del control y del dominio de la situación, este joven ejercita en el seno de su familia lo que intentará hacer luego fuera de casa, con miras más amplias y con desconocidos.

Las cualidades esenciales del síndrome del emperador son su falta de conciencia, su grave carencia de emociones morales que le impiden establecer relaciones verdaderas con los demás, inclusive con sus propios padres, son incapaces de amar y cuentan con un pobre juicio moral. Las posibilidades de expresión de este síndrome son muy variadas, dependiendo del grado en que muestran las siguientes características: 1) violento/explotador; 2) irresponsable/vago; 3) delincuente/drogadicto; 4) temerario, impulsivo/buscador de riesgos; 5) encantador/seductor; y 6) mentiroso/manipulador. Cuanto más profunda sea la carencia de conciencia más intensa y persistente será la conducta abusiva del que manifiesta el síndrome del emperador, en cualquiera de sus combinaciones de rasgos (porque las cualidades esenciales, el núcleo, forman parte de cualquiera de esas combinaciones, con mayor o menor intensidad).

La intensidad del síndrome del emperador en lo que respecta a la violencia desplegada vendrá dada, sobre todo, por el grado en que se manifiestan los rasgos esenciales. En efecto, cuanto menor conciencia moral tenga, cuanto más difícil le sea considerar “persona” a la gente que le rodea, cuanto más lejano esté el eco del vínculo filial en su corazón, más fácil es que presente síntomas de violencia y de explotación. Un hijo muy violento mostrará también un juicio moral muy egocéntrico, y le será realmente difícil comprender el punto de vista de los otros, más allá de una palabrería superficial para aparentar lo contrario. Hay evidencias de que los jóvenes tiranos que tienden al aislamiento, que rumian en sus cabezas agravios y humillaciones, son más propensos a acometer acciones muy violentas, que incluyen el parricidio o los asesinatos (a veces múltiples) de sus compañeros de clase. Los jóvenes que son maestros en la manipulación y en dar una imagen camaleónica pueden abusar, extorsionar y hundir psicológicamente a sus rivales sin tener que ser necesariamente físicamente violentos. También podemos hallarnos ante una combinación de los rasgos quinto y sexto; tratándose entonces de un joven que puede resultar inteligente, que no va mal en la escuela (aunque lejos del nivel que puede dar) y que procura no ofrecer un frente especialmente duro en su casa. Muchas veces negocia, aunque sus

demandas y trampas son tan habituales que los padres resultan agotados y confundidos, con el espíritu por los suelos; cuenta siempre con una excusa a punto y muestra un fuerte deseo de experimentar el peligro, lo desconocido. Finalmente, el rasgo de vivir de forma parásita es una condición muy habitual entre los hijos tiranos, aunque en sentido estricto es posible rendir en los estudios y mantener una conducta falta de afecto y de cierta extorsión a los padres. Suelen ser casos de moderada falta de conciencia, que observan que su capacidad de hacer fortuna va a depender mucho de que tengan un título que presentar y que puedan trabajar en ello. La convivencia con estos “tiranos trabajadores” puede ser llevadera si los padres no le imponen muchas restricciones a su voluntad, de lo contrario las hostilidades son inevitables.

Son destacables son *variedades* del síndrome del emperador:

1) *el hijo tirano envidioso*:

- piensa que la vida le ha estafado, que le ha privado de cosas y cualidades que tienen otros a los que él ve y trata, y que esa situación es intolerable y ha de corregirse
- la única manera de recuperar su equilibrio es despojar a los “privilegiados” de sus dotes
- la retribución, la venganza por esa profunda ofensa que la vida le ha inflingido es el motivo más poderoso de su existencia
- las víctimas de estos planes de venganza no saben que son el objetivo de existencia de los tiranos, ni comprenden la razón de esa inadversión hacia ellos

2) *el hijo tirano narcisista*:

- son capaces de sentir la mayoría de las emociones con la misma intensidad que cualquiera; en cambio no son capaces de entender cabalmente lo que otras personas sienten
- el narcisismo no supone un fracaso de la conciencia, sino de la empatía, la capacidad de sentir y actuar ante la emoción que está experimentando la otra persona
- de adulto, el narcisista pierde a la gente que le importa porque no es capaz de responder ante las necesidades emocionales de los que le rodean, y éstos, hartos de sufrir a alguien incapaz de empatizar (ponerse en su lugar) lo abandonan.

III. PREVENCIÓN DEL SÍNDROME DEL EMPERADOR:

Los padres de los niños con carácter difícil con el objetivo de que éstos no lleguen a desarrollar el síndrome del emperador; han de mostrarse, en primer lugar, competentes, cuidando de las necesidades emocionales de sus hijos desde temprano y superándose en dedicación y esfuerzo

en todo lo concerniente a su educación. En segundo lugar, han de ser personas con una profunda conciencia, esforzándose explícitamente por educar de acuerdo con los valores más plenos de la naturaleza humana, fortaleciendo su “certeza moral” (claridad excepcional en relación con lo que esas personas creen que es lo correcto, y también el sentido de una responsabilidad decidida para actuar de acuerdo con esas creencias), su “espíritu positivo” y su “unidad del yo con unas metas morales”. Y, en último lugar, siendo personas positivas; optimistas, entusiastas y seguras de sí mismas, íntegros y comprometidos con sus aspiraciones.

Los padres que quieran prevenir la aparición del síndrome del emperador, deben esforzarse por desarrollar la conciencia de sus hijos y el sentimiento de culpa. Para ello: 1) han de reforzar las consecuencias de las experiencias morales, 2) tienen que enseñarles de manera específica actos morales, 3) no pueden dejar nunca la autoridad en manos de sus hijos, 4) deben establecer límites muy claros de comportamientos, 5) conviene que realicen una detección temprana de cualquier rasgo típico del síndrome del emperador y 6) promoverán la participación de sus hijos en actos altruistas.

Los que desempeñen el papel de padres/madres han de comprender que su objetivo último es favorecer el desarrollo de unas condiciones óptimas para que sus hijos, puedan satisfacer y cubrir sus necesidades más básicas. Estas necesidades, según la teoría de la elección propuesta por *Glasser* son cinco: supervivencia, libertad/autonomía, amor/pertenencia, poder/logro y alegría. El modo en el que la persona elige satisfacer esas cinco necesidades define su identidad “esencial”, esa identidad se alcanza como resultado de un puzzle cuando intenta satisfacer las cinco necesidades nombradas con anterioridad.

III. I. LOS ESTILOS EDUCATIVOS PARENTALES Y EL SÍNDROME DEL EMPERADOR.

Reconocemos la existencia, principalmente, de cuatro estilos educativos parentales, aunque ningún padre suele educar ateniéndose a un único estilo, sí que es normativo que predomine un estilo educativo sobre los demás a la hora de educar a los hijos.

Los estilos educativos parentales y sus características más reseñables son los siguientes: (nos referiremos a los problemas o conflictos que causan los niños usando el término de “dragón”)

- *Estilo Apaciguador: dejar actuar al dragón:* la idea clave es que los niños son seres únicos y valiosos cuyas cualidades aflorarán a su debido tiempo. Dan mucha importancia a la libertad de expresión verbal y artística; creen que los niños mostrarán de modo natural tendencias altruistas; creen que la rabia y demás emociones “negativas” deberían entenderse como expresiones de la creatividad del niño, si el niño tiene una rabieta o expresa enfado de forma inadecuada, los Apaciguadores creen que una discusión racional basta para motivar al niño a ser

más cuidadoso y responsable; pueden no fijar límites adecuados por temor a reprimir al niño.

- *Estilo Dictador: la ley del más fuerte:* la idea clave reside en que la autoridad de los padres debe ser respetada incondicionalmente. Esperan que los niños obedezcan todas las normas impuestas por los adultos y hagan lo que esperan de ellos. Fijan límites claros. Cuando se infringe una norma el castigo es inmediato e inevitable. En sus normas no hay lugar a la flexibilidad, la negociación o la respuesta por parte del niño. Este tipo de padres son rígidos porque necesitan controlar y suelen llevar mal los intentos del niño por controlar. Toman por rebelión lo que no es más que afirmación de independencia por parte del niño. No dejan crecer a los niños.
- *Estilo Angustiado: el síndrome de la inseguridad:* la idea clave, en este estilo, es que los padres intentan controlar todos los aspectos de la vida de los niños, no ven más que catástrofes o calamidades por todas partes. Suelen tener mucha ansiedad y se alteran con facilidad. No saben tranquilizarse y “sintonizar” con sus niños pequeños. Responden con charlas, avergonzando o echando la culpa, por lo que son incapaces de imponer disciplina. Les da pánico que los adolescentes vayan siendo independientes. Cuando el adolescente se equivoca, el padre angustiado pone el grito en el cielo, el adolescente, temeroso de mostrar sus fracasos, se retrae. Son incapaces de ayudar a sus hijos adolescentes; los sobreprotegen en exceso y en todo momento.
- *Estilo Maestro: el niño puede controlar al dragón:* la idea clave se sustenta en dar a sus hijos información, formación y opciones para resolver sus propios problemas, otorgando sensación de control al niño mediante soluciones creativas. Sirven como modelos de referencia para sus hijos y son accesibles a sus consultas. Ponen límites a las expresiones inadecuadas de rabia. Ponen ejemplos de sensibilidad, nobleza y consideración. Fomentan la comunicación directa. Toman los problemas como ocasiones de aprendizaje para la familia. Fomentan la discusión democrática de las soluciones. Predican el autocontrol con el ejemplo.

Lo ideal sería emplear en todas las situaciones, en que aparezca un “dragón” o no, el último de los estilos, el *Estilo Maestro*, pues refleja la capacidad de actuar de forma calmada y racional si aparecen conflictos y posibilita la concesión de espacio y autonomía a los hijos. Brevemente apuntar que:

- los padres con un *Estilo Dictador*; se muestran muy propensos a atacar y ser demasiados rígidos, por lo que su objetivo principal en el proceso de cambio hacia

un *Estilo Maestro* sería aprender modos colectivos de resolver los conflictos que se generan en su familia

- los padres con un *Estilo Apaciguador*; no deben disculpar ni tolerar los estallidos de cólera (y/o rabietas) de sus hijos. El objetivo primordial sería aprender técnicas efectivas de disciplina.
- los padres con un *Estilo Angustiado*; se ven dominados en cada situación por la indecisión y la necesidad de poseer mayor información, por lo que les resulta muy difícil tomar decisiones en pleno conflicto. En este caso, su objetivo principal en esa transición hacia un *Estilo Maestro* sería aprender a actuar con decisión.

III. II. LOS ESTILOS FAMILIARES TÍPICOS DE RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS Y EL SÍNDROME DEL EMPERADOR.

Ante la aparición de un problema o conflicto (“dragón”) cada familia adopta un estilo diferente (éste es más amplio, pues no sólo se refiere al estilo educativo de los padres si no a la actitud que adopta toda la familia en su totalidad y también es más concreto que el estilo educativo de los padres, pues sólo se emplea ante la aparición de conflictos). Podemos diferenciar cinco estilos familiares típicos de resolución de conflictos y el síndrome del emperador.

- *Evitarlo: el dragón es un secreto.* Estos padres no ayudan a sus hijos a reconocer y aceptar sus propios sentimientos. Se impide que los niños aprendan las habilidades básicas de la negociación y el compromiso. La familia está demasiado ocupada en fingir que todo va bien. Los niños de estas familias aprenden a tratar las tensiones y las dificultades de las relaciones humanas sólo cuando alguien de fuera de la familia les enseña a hacerlo.
- *Ataque: matemos al dragón.* La familia está continuamente al borde la crisis. Estos padres no controlan su propia cólera ni lo que los demás hagan o digan cuando ruge el Dragón. Los miembros de la familia se sienten heridos y hieren a la vez. Los hijos se sienten heridos y coléricos y creen que la venganza es la única manera de resolver el conflicto; pueden llegar a actuar contra sus padres.
- *Divide y vencerás: aliarse con el dragón.* Estos padres miman, consienten y no saben poner límites a los estallidos de cólera de sus niños. Permiten enfrentarse con el otro padre o con el hermano/a, sobre todo si el padre también está enfrentado con esas personas. Impide que las familias resuelvan sus diferencias y problemas. Ante el menor pretexto crece la animosidad y estalla la guerra.
- *Paralizado por el miedo y la angustia: analizar al dragón.* Analizan y vuelven a analizar el significado de todo, sentimientos incluidos, buscando compulsivamente los porqués. Los árboles impiden ver el bosque, no se suelen tomar decisiones por si

acarrear males mayores en el futuro. Los niños de estas familias son poco prácticos a la hora de resolver conflictos o evitar que los problemas se repitan.

- *Oportunidad de cambiar: enseñar al dragón a controlarse.* El conflicto y la cólera no tienen por qué desembocar en hábitos destructivos. La energía que proporciona la rabia puede servir como promotora del cambio. La culpa puede ser sustituida por la responsabilidad. Los ataques pueden transformarse en expresiones asertivas de necesidades. Los contendientes pueden establecer una tregua y cooperar.

De estos cinco estilos, el más operativo y efectivo ante la aparición de “dragones”, es el último, *Oportunidad de cambiar: enseñar al dragón a controlarse.*

III. III. ¿QUÉ OCURRE SI ES IMPOSIBLE ADOPTAR UN ESTILO COMÚN (EL MISMO, AMBOS PADRES)?

Cuando los padres no coinciden en su manera de enfrentarse a los conflictos/problemas o en el modo general de educar a sus hijos, deben en primer lugar hablarlo y en segundo lugar apoyarse en todo momento, la educación de sus hijos es una obligación de los dos, una obligación que ha de ser compartida y ponderada en todo momento. De forma más pormenorizada, ante discrepancias en el estilo educativo a inferir o en el estilo familiar de actuación ante los conflictos, ambos padres han de:

- Apoyar las intervenciones (no violentas, claro) de la pareja, aunque uno hubiese actuado de forma diferente. Luego, sin el niño delante, puede hablarse de cómo tratar situaciones semejantes en el futuro.
- Concentrarse en los estilos de manifestación de la cólera y solución de conflictos que quieren inculcarse a los hijos. El objetivo es atender las necesidades del niño y respetar los estilos de ambos padres.
- Si no hay acuerdo entre los padres, se debe proteger al hijo de conflictos destructivos e insolubles. En una situación ha de elegirse: ¿Debe asumir mayor responsabilidad uno de los dos o es necesario pedir asesoramiento al respecto?

IV. CONCLUSIONES.

El síndrome del emperador debe ser combatido por todos los que componemos la sociedad desde el rol que desarrollemos en la misma. Padres, profesores, psicólogos, pedagogos, ... tenemos la obligación de proporcionarles a los niños y a los adolescentes un marco donde pueda posibilitarse la satisfacción de sus necesidades más básicas y afectivo-emocionales y que en dicho marco de comprensión aprendan a resolver sus conflictos sin tener que llegar a comportarse de un modo inapropiado.

Los padres deben de intentar adoptar en todo momento un *Estilo* educativo *Maestro* y a la hora de solucionar los conflictos que surjan deben asumir un *Estilo* familiar de *Oportunidad de cambiar*. Es su obligación intentar proporcionarles a sus hijos un marco idóneo para que cubran las necesidades de *Glasser* nombradas con anterioridad, para ello, he aquí unas recomendaciones:

- deben lograr un buen apego emocional con sus hijos
- desarrollar en ellos desde el principio al máximo los sentimientos morales y su conciencia
- hacerles participar en actividades de ayuda desinteresada; dándole de esto forma oportunidades para que practiquen los hábitos morales y su conciencia
- exigirles esfuerzo en sus vidas para que logren las recompensas correspondientes
- orientarles a reflexionar sobre las consecuencias indeseables de sus actos en los otros y en ellos mismos

Educar hoy en día, supone un mayor reto que en antaño, por ello debemos trabajar en ayudar en esta importante tarea que en cierta medida es responsabilidad de todos, como agentes sociales que somos.

V. BIBLIOGRAFÍA

- Alonso. 2007. *Niño, pórtate bien. Supervivencia para padres con hijos de 0 a 12 años*. Editorial Síntesis. Madrid.
- Dolto. 2004. *¿Niños agresivos o niños agredidos?* Editorial Paidós. Barcelona.
- Eastman y Craft. 2000. *Consejos para lograr la armonía familiar*. Editorial Alfaguara. Madrid.
- Garrido. 2005. *Los hijos tiranos. El síndrome del emperador*. Editorial Ariel. Madrid.
- Garrido. 2007. *Antes que sea tarde. Cómo prevenir la tiranía de los hijos*. Editorial Nablá. Barcelona.
- George. 2003. *Mi hijo desobedece. ¿Qué decir? ¿Qué hacer?* Editorial Síntesis. Madrid.
- Juez. 2003. *Decir no a los hijos. 60 respuestas para padres desorientados y dubitativos*. Editorial Síntesis. Madrid.
- Hart. 2006. *Sin miedo a educar*. Editorial Ciudadela. Barcelona.
- Larroy. 2007. *Mi hijo no me obedece. Soluciones prácticas para padres desorientados*. Editorial Pirámide. Barcelona.
- Meeks. 2006. *Recetas para educar. Una guía que ofrece soluciones prácticas y simples para acabar con los conflictos cotidianos*. Editorial Medici. Madrid.
- Pearce. 2000. *Berrinches, enfados y pataletas*. Editorial Paidós. Barcelona.